

CAPITULO VIII.

Jeanie habia pasado á una pieza inmediata, que le servia de lechera: cuando Butler entró en ella la encontró silenciosa, abatida, y en disposición de deshacerse en lágrimas. En vez de la actividad que manifestaba ordinariamente aun hablando, y de pensar en las ocupaciones de la casa, estaba sentada en un rincón, inmóvil, y como agoviada por el peso de sus tristes pensamientos. Sin embargo, en el instante que vió á Butler se limpió los ojos, y le dijo con la franqueza y sencillez con que acostumbraba á hablarle:

-- Me alegro que hayais venido, M. Butler; yo deseaba veros para deciros que.... ¡si! que todo debe concluirse entre nosotros dos. Es preciso por nuestro propio bien.

-- ¡Concluirse! le contestó Butler. ¿Y por qué? Convengo que la desgracia que llorais es terrible, pero no cae directamente ni sobre vos, ni sobre mi: debemos soportarla con valor y con resignacion; porque esta es la voluntad del

Señor; pero ni puede ni debe romper la fé que nos hemos prometido.

-- Yo sé, Ruben, dijo Jeanie mirándole con ernura, que vos pensais en mi mas que en vos, y por lo mismo yo debo pensar mas en vos que en mí. Vos teneis una reputacion intacta; todo el mundo dice que podeis adelantar mucho en vuestra carrera, aunque la pobreza os retenga bien bajo en esta época; pero si la pobreza perjudica á los adelantos en este mundo, la mala reputacion es mucho peor todavia, y esta es una verdad que no quiero que la aprendais por mí.

-- ¿Qué quereis decir? ¿Qué tiene que ver esto con el crimen de vuestra hermana? Y aun cuando fuese criminal, lo que me parece dudoso, ¿en qué puede perjudicarnos su delito á uno ni á otro?

-- ¿Podeis preguntármelo de veras M. Butler? ¿Ignorais acaso que su crimen es una mancha indeleble para toda su familia? ¿Qué se entenderá hasta nuestros hijos, y hasta los hijos de nuestros hijos? Ser hija de un hombre honrado y respetable, era alguna cosa, alguna satisfaccion para mi y para los míos; pero ser la hermana de una.... ¡O Dios mio!

No pudo decir más; le faltaron las fuerzas, y se deshizo en un torrente de lágrimas.

El amante afligido empleó todos sus esfuerzos en consolarla y en tranquilizarla, y lo obtuvo; pero Jeanie no recobró su tranquilidad, sino para decirle con el tono más decidido. -- No Ruben: yo no llevaré jamás mi humillación y mi vergüenza bajo el techo de otro: yo puedo soportar el peso de mi desgracia; yo le soportaré: el cielo me dará fuerzas para ello; pero yo no echaré jamás una parte de ella sobre los hombros de mi vecino.

El amor es naturalmente desconfiado y sospechoso, y los celos entraron por la primera vez en el corazón de Butler. La prontitud con que Jeanie se decidió á renunciar á la fe que se había prometido bajo un pretexto de celo por su reputación y por su adelanto en su carrera, le pareció sospechosa y ocasionada tal vez por otras relaciones que Jeanie tendría con el extranjero que le había dado para ella el recado de que hemos hablado. Agitado con esta sospecha, sobrecogido por un temblor involuntario, y observando en su interior una agitación nueva para él, le preguntó casi tartamudeando si la situación desgraciada en que se encon-

traba su hermana en aquel momento, era la única causa, que la obligaba á esplicarse en aquellos términos.

-- ¿Y qué otra causa podría yo tener, Ruben? ¿No hace diez años que nos conocemos?

-- ¡Diez años! Es un término bien largo, bien largo, para usarse en una muger...

-- Para usar un vestido y hacerle desear otro nuevo; pero no para usar su afecto. Los ojos podran tal vez en alguna, Ruben, desear un cambio; pero el corazón... no, jamás.

-- ¡Jamás!.. ¡Es una promesa bien atrevida!

-- No es más atrevida que cierta, le contestó Jeanie con aquella tranquila sencillez que le era habitual, y que conserbava siempre tanto en la alegría como en la aflicción, y tanto en los negocios ordinarios de la vida, como en los extraordinarios que tuviesen para ella el mayor interés.

Butler calló por un momento; pero dirigiéndole despues una mirada penetrante y llena de atención, para observar la impresión que haría en ella lo que iba á decirle, y juzgar mejor sobre las sospechas ó celos que había concebido, dijo: -- Me han encargado de una comisión para vos, Jeanie.

-- ¡Para mí! ¿Y de parte de quien?

-- De parte de un extranjero, le contestó Butler, afectando una indiferencia que desmentía el tono poco seguro de su voz: de un jóven que he encontrado esta mañana entre las rocas de Salisbury.

-- ¡Cielo santo! exclamó Jeanie. ¿Y qué os ha dicho?

-- Que no podia esperaros allí mas tiempo, pero que era indispensable que fueseis á encontrarle á la orilla de la laguna de Hunter junto al terreno de Musehat al salir la luna.

-- No dejaré de ir: exclamó con la mayor prontitud, y al mismo tiempo con la mayor franqueza la inocente Jeanie.

¿Podré preguntaros, le dijo Butler, cuyas sospechas se aumentaban á cada instante, quien es ese jóven, á quien pareéis tan dispuesta á conceder una entrevista en una hora, y en un paraje tan extraordinario?

-- Muchas veces se ve una obligada, le contestó Jeanie, á hacer cosas que no quisiera hacer.

-- No lo dudo; pero ¿quién os obliga á ello?

¿Quién es ese joven?... Lo que yo he visto de él, no me previene en su favor. Pero en fin, ¿quién es?

-- Lo ignoro, respondió tranquilamente Jeanie.

-- ¿Vos lo ignorais, dijo Butler paseándose por la habitacion con un aire de impaciencia: vais á encontrar á un joven á media noche, en un lugar solitario: decís que os veis obligada á hacerlo, é ignorais quien es el que ejerce sobre vos una influencia tan incomprendible? ¿Como explicar esto, Jeanie? ¿Qué pensaré yo de ello?

-- Pensad solamente, Ruben, que os digo la verdad, como yo se la diria al Juez Eterno, si me la preguntase. Yo no conozco á ese hombre.... yo no se si le he visto jamas, y sin embargo es indispensable que yo acuda al paraje y á la hora que me ha citado. En ello va la vida ó la muerte.

-- Pero ¿hablareis á vuestro padre? ¿Le suplicareis que os acompañe?

-- De ninguna suerte: no puedo, contestó Jeanie, esto me ha sido absolutamente prohibido.

-- Pues bien; ¿quereis que yo os acompañe? Yo me hallaré cerca de aquí al anochecer, y cuando salgais de casa os acompañaré.

-- Es imposible; nadie debe oír nuestra conversacion.

-- Pero ¿héis reflexionado bien en lo que vais á hacer? El tiempo.... el lugar.... un desconocido.... un hombre sospechoso.... Si; aun cuando os hubiera pedido el veros en vuestra misma casa, á la misma hora, deberiais haberos negado á ello.

-- Es preciso que yo siga mi suerte, M. Butler; mi suerte y mi vida estan en manos de Dios; pero yo debo arriesgarlo todo por el objeto de que se trata.

-- En este caso Jeanie, le dijo Butler con un aire de descontento, creo que teneis razon; es preciso que nos despedamos, y que renunciemos el uno al otro; porque cuando una muger no tiene confianza con el hombre á quien ella ha jurado su fe en un asunto tan importante, es una prueba que ya no tiene para con él aquel afecto que hace tan halagüena y tan apetecible la union de dos corazones.

Jeanie le miró suspirando; -- Yo creía, le dijo haberme armado de bastante valor para soportar esta separación; pero jamas hubiera creido que se verificase de esta manera. Además, si vos la soportais con mas facilidad pensando mal de mi, no deseo que penseis de otra suerte.

-- Vos sois la que habeis sido siempre, exclamó Butler, mas prudente, mas moderada y menos egoísta que yo. La naturaleza ha hecho por vos mas que lo que todos los socorros de la filosofia han hecho por mí. Pero ¿por qué, por qué insistir en semejante proyecto? ¿Por qué no permitirme que os acompañe, que os aconseje, que os defienda en caso necesario?

-- Porque yo ni puedo, ni me atrevo, respondió Jeanie; pero escuchad, mi padre hace mucho ruido en la habitacion inmediata.

Efectivamente, el viejo Deans daba grandes voces y con un tono de cólera. Antes de pasar mas adelante conviene explicar cual era la causa.

Cuando Butler y Jeanie salieron, M. Saddletree empezó á discutir el negocio que concernia principalmente á la familia de Deans. Al principio de la conversacion, éste se hallaba tan abatido por sus sentimientos, por la deshonra de su hija, y por el riesgo que ésta corria, que contra su costumbre le escuchó, sin replicarle, y puede ser que sin oírle, una larga disertacion sobre la naturaleza del delito de que se la acusaba, y sobre la marcha, que convenia seguir para su defensa. Deans se con-

tentaba solo con responderle: si, es verdad; vos nos habeis manifestado siempre mucho cariño; vuestra muger es nuestra prima en el undécimo grado.

Animado por estos síntomas de condescendencia, M. Saddletre, cuyo único placer era discutir un punto de jurisprudencia, volvió al asunto del capitán Portews, y pronunció un anatema contra todos los que habian tomado parte en él.

-- Es una cosa delicada M. Deans, decia, muy delicada el ver al pueblo arrancar de entre las manos de los magistrados legítimos el derecho de vida y de muerte, y pretender ejercerlo él mismo. Yo pienso como M. Crosomyloof, que esa cenmoción que habia tenido por objeto el asesinato de un hombre, que habia obtenido una suspensien en la ejecucion de su sentencia equivale á una rebelion formal.

-- Precisamente es eso lo que yo os negaria, y lo sostendria, M. Saddletree, sino tuviese mi cabeza llena de otras ideas.

-- ¿Como podrias contestar á lo que la ley declara formalmente? No hay ningun escribiente de procurador por visión que sea, que no os diga que hay rebelion siempre que se reunen

los vasallos del Rey contra su autoridad, sobre todo cuando esto es con las armas en la mano y á son de tambor.

-- Habria muchas cosas que decir sobre este punto, M. Saddletre. Yo no he gustado jamas de vuestras autoridades legales y formales ¿qué son todas vuestras gentes de justicia despues de la revolucion?

-- ¿Pero qué quereis pues M. Deans? dijo Saddletree con impaciencia. ¿No teneis libertad de conciencia para vos y para los vuestros?

-- Yo se M. Saddletree, que vos sois del número de los que tienen la sabiduria del mundo; que marchais por los caminos de esos camaleones legistas, que han contribuido á destruir las torres de Sion.

-- Yo no se lo que quereis decir vecino. Yo soy un honrado presbiteriano de la Iglesia de Escocia, y yo la respeto, como respeto á la asamblea general, á los quince jueces del tribunal criminal, y los cinco lords del tribunal de justicia.

-- ¿Y qué es vuestra asamblea general M. Saddletree? Gentes frias y débiles en los caminos del Señor; que no han prestado jamas testimonio á la verdad, que se han manifestado

indiferentes, ó se han escondido en los dias de tribulacion, quando el hierro y el fuego amenazaban á los verdaderos fieles, y que solo se han dejado ver quando habia pasado el peligro para ocupar el lugar debido á los fuertes. ¡Hé aquí los bellos sujetos de la asamblea general! En cuanto á vuestro tribunal de justicia...

-- Decid lo que querais de la asamblea general M. Deans; pero respetad al tribunal de justicia. ¿Sabeis que es un crimen el hablar mal de él? ¡Un crimen *sui generis*! Deans, observad bien esto; *sui generis*. ¿Comprendeis lo que esto significa?

-- Yo no entiendo una palabra de vuestro lenguaje, le contestó Deans, y en cuanto á hablar mal, eso es precisamente lo que hacen todos los que pierden sus procesos y las cuatro quintas partes de los que los ganan. Yo quiero tambien que sepais, que miro todos vuestros abogados; aun los que llamais picos de oro, que venden su ciencia por un poco de dinero, que miro todos vuestros jueces profanos que gastarían tres dias en discutir una bagatela y no emplearían media hora en dar testimonio al evangelio como episcopales, como arminienses, como hereges, como lobos desencadenados con-

tra las ovejas fieles: y por lo que toca á vuestro tribunal criminal, que mata las almas al mismo tiempo que los cuerpos...

La costumbre que tenia Deans de considerar la vida como exclusivamente consagrada á prestar testimonio á lo que él llamaba la causa de la Iglesia alligida y abandonada, le habia conducido en su declamacion hasta aquel punto; pero al pronunciar el nombre de tribunal, ante el que debia comparecer bien pronto su desventurada hija, la memoria de Effie se presentó de repente á su imaginacion, lleno de sentimiento se detuvo, dando un profundo suspiro, y cubriendo su cara con ambas manos.

Saddletree vio la agitacion del anciano, y conoció la causa, y aunque él mismo estuviese alligido, se aprovechó de aquel momento de silencio para tomar otra vez la palabra:-- Sin duda vecino, le dijo, sin duda es triste el tener negocios en el tribunal de justicia; á menos que no sean por encargo lucrativo, ó para adquirir conocimientos en la práctica asistiendo á sus sesiones. Pero volviendo al desgraciado incidente de Effie.... ¿Vos habeis visto seguramente la acusacion?

Diciendo esto, sacó de su bolsillo un gran

paquete de papeles; y empezó á examinarlos; haciendo una especie de zumbido conforme lo iba mirando... hum... hum... no es este... hum... hum... tampoco... hum... este... hum. Esta es la informacion de Mungo Marsport contra el capitán Lackland por haber pasado por sus tierras con perros, hurones y redes, apesar de que no tenia derecho para cazar segun los términos literales del estatuto 625, en atencion á que no posee un arado de tierra... hum.. hum... Esta es la defensa del capitán, que se funda en que la ley no define lo que se entiende por arado de tierra; pero M. Drosomyloof responde á ella diciendo que importa poco *in hac statu* en que consista un arado de tierra, atendido que el capitán no posee ni una pulgada en toda la Escocia. El abogado del capitán replica; que el demandante debe empezar su accion por establecer *formaliter* lo que la ley entiende por un arado de tierra; pues nadie puede responder á una demanda que no está bien definida. Si Mevio pide á Tito un caballo negro que le ha prestado, podrá obtener una sentencia en su favor; pero si le pide un caballo verde ó carmesí, será preciso que pruebe antes que el tal caballo *existit in rerum na-*

tura. Pero yo os molesto seguramente con estas relaciones; luego voy á vuestro negocio.-- M. Deans... aquí está... precisamente... aquí está la acusacion. En atencion á que nos ha sido representado humildemente (estas son frases de estilo) que por las leyes de este reino y de todo país civilizado, el asesinato y sobre todo el infanticidio, es un crimen que merece el mas severo castigo; en atencion á que, por un acta aprobada en la segunda sesion del primer parlamento reunido bajo el reinado de nuestros augustos soberanos Guillermo y Maria, se mandó, que toda muger que hubiese ocultado su embarazo, y no pudiese presentar su hijo, será tenida y considerada como rea de infanticidio, y que le formará y seguirá su proceso conforme á las leyes: por tanto, mandamos que Eufemia ó Effie Deans...

-- No me leáis mas, exclamó el desconsolado padre: una espada de dos filos que me traspasa el corazón me haria menos mal que la lectura de un documento semejante.

-- Sea enhorabuena, vecino; yo creí que gustarais de conocer todos los pormenores de este negocio, le dijo Saddletree, guardando en el bolsillo su inmenso lio de papeles. Sin embar-

go, lo mas esencial es trazar la marcha que debemos seguir.

-- Esta es, contestó Deans con firmeza, esperar que el Señor manifieste su voluntad... ¡Ah! ¡si se hubiese dignado llamar á si mi cabeza cana, antes que se llenase de la deshonra que va á cubrirla!... Pero yo puedo decir aun, que su voluntad sea hecha.

-- Pero vecino; es preciso encargar á un abogado de su defensa. Esto es una cosa indispensable.

-- Seguramente, contestó Deans, si hubiese uno entre ellos que hubiese permanecido fiel en el camino estrecho; pero yo los conozco bien: son una raza de mundanos, de profanos que no atienden mas que á la carne y á la tierra. No me habéis mas de semejante asunto.

-- Bueno, bueno, vecino; con todo, no es menester tomar tan al pie de la letra todo lo que se dice; el diablo no es tan negro como le pintan; yo conozco muchos abogados intruidos, hombres de integridad... es decir, de una integridad...

Si, de una integridad á la manera del mundo: unos conocimientos humanos, una sabiduria carnal: una elocuencia sacada de los

escritos de los emperadores paganos, y de las sentencias de los hereges. Ni aun pueden dejar á los hombres el nombre que han recibido al tiempo de su regeneracion por el bautismo: es preciso que les den nombre de paganos, como vos me nombrabais ahora mismo ese Meavios, y ese maldito Tito, que sirvió de instrumento para el incendio del Santo Templo.

Estos son nombres indeterminados, que se acostumbran á dar á personas desconocidas para marcar la diferencia entre el demandante y el demandado en los ejemplos de que se hecha mano, para aclarar algun punto, sin que tengan relacion con los sujetos que les llevaron, sean buenos ó malos: pero en fin, es de absoluta necesidad, es preciso que Effie tenga un abogado que la defienda, y si quereis yo le hablaré del asunto á M. Crossmisoof. Es un buen presbiterano, como sabeis: uno de los ancianos.

-- ¡Es un Erástiense! exclamó Deans lleno de cólera: es uno de esos politicos mundanos, que no han dado jamas testimonio á la luz en los dias de la tribulacion de Israel.

-- ¿Pero qué me direis del viejo Laird de Cut-

taubout? ¡Ah! ese sí... Es menester ver como sabe sacar partido de una causa.

-- ¿El...? ¡El falso hermano! ¿No hacia parte de los bandoleros, que se juntaron con los pérfidos montañeses en 1715?

-- Sea en hora buena. ¿Y M. Anisten? No queria nombrároslo, pero... este sí que es el hombre que nos conviene: dijo M. Saddletree con un aire de triunfo.

-- Sí, seguramente: y escogeré yo por defensor de mi hija, un hombre cuya biblioteca está llena de retratos y de medallas de los papas, que le ha enviado esa muger cismática del Norte, esa condesa de Gordon?

-- ¿Y es ese todo el motivo que teneis para no admitirle por consejero de vuestra hija? ¿Y sus virtudes, y su probidad que tanto recomiendan la religion que profesa? ¿Las hallareis reunidas en otro, aunque sea de vuestra misma religion? No vecino, no: os le digo á pesar mio. La caridad, el amor desinteresado á sus semejantes, la paz y la tranquilidad de una conciencia pura habitan en su corazon. Es el ejemplo de cuantos le ven por sus virtudes, y el maestro de cuantos le oyen en el tribunal

por sus discursos. Pero en fin, sino le quereis lo siento, es preciso escoger uno... ¿Tomarais á M. Kittlepunt?

-- Ese es un ariminiese.

-- ¿Y á M. Woodsetter?

-- Yo le creo Cocceyano.

-- ¿Y al viejo Willaw?

-- Ese es todo lo que se quiera.

-- ¿Y al jóven Nocimmo?

-- Ese no es nada

Amigo, sois bien difícil en escoger: le contestó incomodado M. Saddletree; yo no sé á quien proponeros: será menester que le busqueis vos mismo... pero no me acordaba.... ¿Por qué no tomais al jóven Mackensie? Es tan sabio como su tio, el famoso Mackensie; pero mucho mas elocuente.

- ¿Y es á mí, á quien habláis? exclamó el fogoso presbiteriano levantándose con violencia de su asiento. ¿Os atreveis á pronunciar delante de mi al nombre de ese bárbaro, cuyas manos estan aun teñidas con la sangre de los santos? Su tio ¿no era conocido bajo el nombre del sanguinario Mackensie? ¿No era individuo de esos tribunales, que enviaron á los mártires al tormento, y luego á la horca? Si la vida

de esa desgraciada, que causa hoy todos nuestros males; si la de Jeanie, si la mía misma dependiese de una sola palabra que debiese ser pronunciada por la boca impura de un Man-kensie, de un esclavo de Satanás, yo mismo le cerraría la boca! ¡Yo preferiria que pereciesemos todos, mas bien que deberle nuestra salud!

La exaltacion con que pronunció estas palabras, fue lo que interrumpió la conversacion de Butler con Jeanie. Estos entraron en la habitacion en la que habian dejado á los dos campeones, y hallaron á Deans en una especie de transporte de frenesí, causado en parte por sus sentimientos, y en parte por la santa cólera (segun creia) de que se hallaba inflamado. Tenia los puños cerrados, las mejillas encendidas, los lábios trémulos, y parecia no poder encontrar ya términos con que expresar su dolor y su indignacion.

Butler, temiendo las consecuencias de una agitacion tan violenta con respecto á un anciano, aun mas abatido por la afliccion que por la edad, se atrevió á recomendarle la paciencia.

-- ¡Paciencia...! le contestó Deans lleno de mal humor. Yo no carezco de ella: tengo tan-

ta como puede tener un hombre en el miserable tiempo en que vivimos, y no necesito que los hereges ó los hijos, ó nietos de los hereges vengan á enseñarme á llevar la cruz.

Era contra el abuelo de Butler á quien se dirigia este sarcasmo, pues Deans en su fanatismo religioso tenia como hereges, no solo á los que profesaban otra religion, sino á los que profesando la suya, no eran tan rigoristas, y lo diremos mejor, tan fanáticos como él. Butler no se dió por entendido, y le contestó diciéndole: en semejantes circunstancias no nos está prohibido el recurrir á medios humanos, sugetándonos siempre á la voluntad del Ser supremo. Si vos llamais un médico, seguramente no le preguntareis cuales son sus principios religiosos.

-- ¿Vos lo creéis así?... Pues estais muy equivocado. Si no me provaba antes que marchaba por el camino recto, jamás ni una sola gota de cuantas medicinas me mandase, pasaria por el galillo del hijo de mi padre.

Es arriesgado poner un argumento de la especie que Butler acababa de emplear: muchas veces perjudica en vez de aprovechar; porque el orgullo y el amor propio irritados,

impiden á la razón el que se conțenza, y Butler acabava de hacer la esperiencia; pero como un soldado valiente, cuyo tiro, ó no ha salido, ó no ha acertado, y no por eso abandona el terreno, atacó á su enemigo á la bayoneta.

-- Vos interpretais con excesiva severidad, M. Deans, las reglas de nuestros deberes. El sol luce tanto para el justo como para el injusto, y la lluvia del cielo cae igualmente sobre los buenos y los malos. La providencia les ha colocado á unos y á otros en este mundo de manera que haya entre ellos relaciones indispensables, tal vez para que el impio se convierta por el trato y buen ejemplo del justo: tal vez para que entre las pruebas á que su sabiduria espone á este aqui bajo, encuentre la de verse obligado á frecuentar algunas veces la compañía de los malvados. Sed justo, M. Deans, llorad si quereis, sobre la maldad de los demas. detestadla... pero no detesteis á ellos.

-- Vos no entendeis una palabra de eso: dijo Deans lleno de cólera, no sabiendo que responder á las enérgicas razones de Butler: vuestros argumentos son miserables. ¿Sabeis cual es el modo de pensar de los antiguos campeones de la iglesia de Escocia? Pues ninguno de ellos

hubiera oido el sermón de un ministro, por mas gracias que hubiera recibido de lo alto, sino hubiese prestado testimonio contra la depravacion del siglo. Y así, ni un abogado hablará por mi, ni por ninguno de los míos, si antes no presta testimonio como los restos desgraciados de esta iglesia perseguida y dispersada.

Habiendo dicho estas palabras, como si se hallase agoviado por los argumentos, y por la presencia de sus huéspedes, les hizo un saludo con la cabeza y con las manos, y se retiró á la pieza en donde dormia.

-- ¡Se habrá visto fanatismo mas atroz, ni mayor obeecacion! dijo M. Saddletree á Butler cuando Deans se retiró. Esto es sacrificar la vida de su hija, y dar un escándalo sin ejemplo. ¿En dónde encontrará un abogado puritano ó de su religion con las cualidades que exige? ¿Acaso para ser buen abogado se necesita ser mártir de la religion de su cliente? Os digo M. Butler, que esto es sacrificar gratuitamente la vida de su desgraciada hija.

Durante la última cláusula del anterior discurso, entró el Laird de Dumbidikes, que habia venido á hacer su visita diaria, y habiénd-

dose sentado en su sitio acostumbrado, fijaba la vista, ya sobre Jeanie como lo hacia siempre, ya alternativamente sobre los dos oradores; pero la última frase de Saddletree le comovió en términos que levantándose inmediatamente, atravesó la habitación á paso mesurado, y llegando á él, le dijo con una voz trémula, y cuasi sin acabar de pronunciar las palabras.

-- El dinero ¿no podrá hacer algo M. Saddletree?

-- ¡El dinero!... respondió éste tomando cierto aire de gravedad. Seguramente que sí; nada se puede hacer sin dinero en un tribunal de justicia. Pero ¿en dónde encontrarle? veis que M. Deans no quiere hacer nada. Mistriss Saddletree es amiga, y algo parienta de la familia: toma el mayor interes en el asunto, pero ella no puede esponerse á ser responsable *in solidum* de las costas de este proceso. Si cada uno de los amigos quisiese soportar su parte de carga, se podria hacer alguna cosa. Bien entendido, que cada uno responderia por sí... Yo no quisiera oír condenar á esta pobre muchacha sin ser defendida. Además, que esto no seria decoroso, por mas que diga ese viejo fanático.

-- Yo.. yo.. sí, dijo el Laird reuniendo todo su valor: sí, yo respondo por veinte libras esterlinas. Y calló, sorprendido él mismo de su generosidad.

-- ¡Que el cielo os lo recompense! exclamó Jeanie en un transporte de gratitud.

-- Yo me entenderé aun hasta treinta, añadió el Laird fijando alternativamente su vista como temerosa, ya en Jeanie, ya en Saddletree.

Muy bien, dijo este frotándose las manos, y yo pondré todo mi cuidado, y emplearé toda mi esperiencia para que este dinero sea bien empleado. Tened confianza en mí; yo conozco el medio de hacer que un abogado se contente con un moderado honorario. No se trata mas, que de hacerle creer que vais á encargarle dos ó tres negocios importantes, y que es preciso que no lleve muy caro en este, para ganar el parroquiano. Debemos sin duda economizar nuestro dinero lo mas que podamos; por que al fin ellos no nos venden mas que cuatro palabras que no les cuestan nada, en lugar de que para vender yo una brida, es menester que primero compre el cuero para hacerla.

-- ¿No puedo yo ser de alguna utilidad? di-

Jo Butler. Yo no poseo desgraciadamente mas que el vestido que tengo puesto; pero soy jóven y activo, y así decidme solamente, ¿qué es lo que yo puedo hacer?

Vos podreis ayudarnos á buscar los testigos, dijo Saddletree: bastaria solo con encontrar uno que depusiese que le ha oido la menor palabra sobre su situacion, y esto no le costaria ni un cabello de su cabeza. M. Crossmyloof me lo ha dicho, y me ha añadido quo no se puede obligar al ministerio público á producir una prueba positiva... ¿Me ha dicho positiva, ó negativa?... No me acuerdo muy bien; pero es lo mismo. Es al defensor á quien pertenece probar los hechos que alega en su defensa, y esto no puede ser de otra manera.

-- ¿Pero el hecho, M. Saddletree, dijo Butler, el hecho, que esta pobre muchacha ha dado á luz un hijo, sin duda habrá que probarle?

Saddletree titubeó un momento, durante el cual Dumbidikes, tomando cierto aire de serenidad al oir esta pregunta, se puso á mirar con la mayor atencion á Saddletree esperando su respuesta.

-- Pero... respondió éste al fin... si... yo

pienso que... que sí, que será menester probarlo; aunque esto en mi concepto será el objeto de un juicio interlocutorio. Ademas de que la prueba del hecho está ya establecida; pues que ella misma lo ha confesado.

-- ¡Ha confesado el infanticidio! exclamó Jeanie mudando de color y temblando todo su cuerpo.

-- Yo no digo eso, contestó Bartolomé: yo digo, que ha confesado que ha dado á luz un hijo.

-- ¿Y qué se ha hecho? ¿En dónde está? replicó Jeanie: yo no he podido sacar de ella mas que suspiros y lágrimas.

-- Ella dice que le ha sido arrebatada por la muger de la casa en que nació, y que la asistia en aquel momento.

-- ¿Y quién era esa muger? preguntó Butler. Por ella misma se podrá conocer la verdad? En dónde vive? Voy á buscarla ahora mismo.

-- Yo quisiera, dijo el Laird, ser tan jóven y tan listo como vos, y tener como vos el don de la palabra.

-- Pero bien, replicó Butler con impaciencia ¿quién es esa muger, y en donde vive?

-- Effie solo podrá deciroslo, y en su interro-

gatorio se ha negado absolutamente á contestar á esas preguntas.

-- Pues voy á verla al instante á ella misma, contestó Butler; y acercándose á Jeanie, á Dios Jeanie, le dijo en voz baja; no deis ningun paso imprudente hasta que nos veamos: á Dios, y partió inmediatamente.

-- Yo iria tambien de buena gana, dijo el Laird con un poco de mal humor y de envidia; pero aunque se tratase de mi vida, mi caballo no me conduciria á otra parte mas que de aqui á mi casa, y de mi casa aqui.

-- Lo que mejor podeis haer, le dijo Saddletre saliendo ambos de la casa, es enviarme desde luego las treinta libras esterlinas, para...

-- ¡Treinta libras esterlinas! exclamó el Laird interrumpiéndole, no acordándose ya del todo de su oferta, por no tener á la vista las facciones de Jeanie, que habian puesto en movimiento su generosidad. Yo creia, añadió, no haber dicho mas que veinte.

-- Digisteis últimamente que treinta, le contestó Saddletre.

-- No lo creia: pero si yo lo he dicho, yo lo cumpliré. Poniéndose entonces á caballo con alguna dificultad, ¿habéis observado, añadió

como brillaban los ojos de Jeanie cuando lloraba?

-- Yo no me ocupo de los ojos de las mugeres la contestó Saddletre; su lengua nos da á veces bastante que hacer. No es porque yo tenga que quejarme de la sumision de la mia. ¡Oh! yo no sufro en mi casa ninguna especie de rebellion contra la autoridad legítima.

No se puede asegurar si el Laird de Dumbidikes hubiera encontrado algo que responder á esta observacion; pues dividiéndose en aquel punto el camino, su caballo le condujo ácia su casa, y Saddletree dirigió sus pasos ácia Edimburgo.

